

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8621

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7:50 id.—Extranjero, tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no resp ondea de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 12 de Octubre 1888

CURA inmediatamente toda clase de **DIARREAS** (de los tóxicos, de los virjos, de los niños) **Colera**, Tifus, **Disenterias**, Vómitos (de los niños y de las embarazadas) **Gatarras y úlceras al estómago**

ASIMILACION **WIVAS PEREZ**

DEPOSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

LA CUESTIÓN COLONIAL

Desde los tiempos más remotos de la historia, y siempre que se reconstituía una nacionalidad, se observaban los deseos constantes en todo pueblo por extender sus dominios, cosa que realizaron sin demora las grandes metrópolis tan pronto como les sobró elemento de fuerza para conseguir estos ideales.

Como entonces, continúan las mismas tendencias, y por ello, al sentirse poderosas Alemania, Italia y Rusia, no sueñan más que en el régimen colonial, informado naturalmente con los sanos principios económicos y humanitarios que enseñan las ciencias sociales en los tiempos modernos.

Ya no se le ocurre á nadie, como en las pasadas edades, someter pueblos para hacerlos esclavos; el espíritu religioso tampoco puede nada ya para guiar la espada del guerrero en nombre de ésta ni la otra creencia; y por último, hasta aquellas ideas más modernas de subyugar pueblos y hacerlos tributarios de una poderosa metrópoli que abiarato debiera dominarlos en su solo provecho, también han desaparecido, manifestándose las nuevas tendencias coloniales bajo otros principios más lógicos, más prácticos, y sobre todo, más humanos, y tal es el progreso realizado en este sentido, que pronto ha de verse como los pueblos de África, por ejemplo, piden el protectorado de las naciones europeas para verse libres de la anarquía y la miseria que los aniquila, y de igual modo lo pedirán los de la Oceanía y Asia, aunque en plazo más lejano.

El régimen colonial en la verdadera acepción de la palabra, es poco menos que imposible realizarlo en la época moderna y menos ejercerlo contra razas indoeuropeas, como son las que pueblan todo el Norte de África, que es por donde Europa debe empezar su noble empresa de asimilarse al vecino continente para los más altos fines de la civilización; no es fácil ya soñar siquiera con aquellas expoliaciones que practicaron en mal hora los pueblos conquistadores de la antigüedad; el plan de nuestros días consiste en ofrecer ventajas á cambio de sumar fuerzas de hombres, cuya generalidad comprenda los beneficios que les reporta una ley común bien observada, con una administración laboriosa y honrada que permita el desenvolvimiento de la riqueza pública, consagrando por fin el derecho de gentes y restableciendo el principio de una autoridad adecuada á las costumbres de los países sometidos, pero paternalmente ejercida.

De este modo la obra será duradera y económica en su realización, y siguiendo otro camino, ni las enérgicas razas de bereberes del Norte de África, ni los pue-

blos inocentes del Congo, ni los pasivos de Oceanía podrán someterse con provecho alguno para las naciones europeas.

Teniendo en cuenta estas ideas de benevolencia que nos enseña Enrique M. Stanley en sus prodigiosas excursiones por el África, cuya línea de conducta se inspiraba siempre en la tolerancia de todo aquello que no perjudicase al bien material, así de sus compañeros de expedición como de las comarcas que visitaba, se podrá extender la civilización en aquellas regiones.

Es preciso, pues, que cesen los pueriles ensueños de cuantos deseen conquistas y ensanches de fronteras por la sola fuerza de las armas, pues es mucho mejor y más práctico cuando el territorio es pequeño y se necesita más suelo para vivir, arrojar á los salvajes de sus propios dominios para sustituirlos en absoluto, que la lucha continua del dominio ejercido con la punta de las bayonetas. Así proceden los norteamericanos con los indios, á quienes no pudiendo reducir por la razón, los cazan ó los acorralan en las inhospitalarias riberas de sus lagos y mares polares, donde poco á poco se extinguen por no querer aceptar el derecho de gentes que proclaman nuestra gloriosa civilización.

Un ejército invasor resulta en el día sumamente caro, y como siempre, de malos resultados en el porvenir.

Lo que más puede hacerse es proclamar el protectorado, desenvolver las fuerzas del país protegido, creando los elementos y las necesidades europeas, y cuando al cabo de los años esté conseguido ésto, entonces podrá pensarse en asimilación del nuevo territorio, porque así lo piden sus pueblos.

Sentados estos principios, en otro número nos ocuparemos de exponer los medios prácticos para conquistar pueblos, deducidos de los procedimientos del célebre explorador norteamericano que hemos citado en el presente artículo, y cuya suerte se ignora, empeñado como se halla en una difícil empresa que ha de realizar en el alto Egipto en estos momentos precisamente.

G. GIRÓN.

Variedades.

COASAS QUE PASAN.

En una reunión, Simón que es un chico divertido, el alma de la reunión, fue á cantar una canción que aquel día hubo aprendido. Se acerca al piano ufano, planta en las teclas su mano mientras que muy vivarachas hacen coro las muchachas alrededor del piano. Cuando preparado está y reina silencio ya en el salón, estornuda, se limpia el sudor, pues suda sin compasión, y «allá vá» exclama en tono burlón y con cariz soñriente. Todos fijan la atención en Simón, y de repente, empieza á toser Simón. Una chica, compasiva

y lista como piragua, de una manera instintiva al cantante en perspectiva ofrece un vaso de agua. Él bebe, y bebe á rabiar porque tiene mucha sed; prueba otra vez á cantar, mas le vuelve á molestar la tos, y cátese usted á Simón en confusión y en ridículo notorio, porque toda la reunión ha dado fama á Simón de ser un D. Juan Tenorio. El muchacho se amostaza, pero gracias á su genio abierto, y á la cachaza que siempre tuvo, reemplaza á la voz con el ingenio. En efecto, se dispone para cantar otra vez. A todo se sobrepone, abre la boca, y se pone como la cera su tez. Pero antes de referir todo lo que allí pasó, deho á ustedes advertir, pues no lo han de presumir, que hace algún tiempo enfermó una niña de la casa, una niña chiquitina, y que ni un instante pasa sin que le den ¡ay qué guasa! una ú otra medicina. Pues bien, el cantante ¡oh! de pronto palideció como antes dije. Se encoje y con las manos se coje el vientre, por sí ó por nó. Mas no pudiendo sufrir los impulsos de... no sé cuáles eran, sé decir que parecía morir Simón, sin saber de qué. Por supuesto, se sentó; la reunión se *di-locó*, todos de Simón pendían y comentarios hacían de por qué el chico enfermó. Suena el reló, y la mamá de la niña chiquitina que está enferma, dice, ya tengo que ir para allá á darle la medicina á mi enfermita. Se entró, pero al muy poco volvió diciendo, en aquel momento, que todo el medicamento del vaso, se evaporó. Mientras, Simón, mejorado, en un rincón quedó aislado; pero aquel rincón exhala un olorillo en la sala que nombrar es excusado.

La medicina fatal con que curaban el mal de la niña, comprendióse que el pobre Simón, tomase por accidente casual. Simón, por fin, no cantó; pero dice, que aprendió á que nunca en las reuniones deben cantarse canciones si dice la voz que no.

LOS PARTIDARIOS DE PERAL

Sr. D. José Fernández Bramón. Mi querido amigo: Había yo leído oportunamente la crónica del 15 de Septiembre

último en la *Ilustración Española y Americana*, y por tanto, no ignoraba cuál era el parecer de V. acerca del submarino, pero sin esta circunstancia hubiera también juzgado sin error el fondo de su gracioso *Entre paréntesis* en *El Liberal*.

No obstante, después de haber escrito mis primeras cartas con la fe de un creyente, me puse á considerar que, si no V., la gran mayoría del público debió quedarse más admirada que persuadida, porque, en efecto, no comencé por el principio.

Erudito fuerte decir: ¿Veis cuantos intentos y todos infructuosos se han realizado en el mundo de los sabios para resolver este gran problema? Bueno: pues en nuestro país, que nada ha descubierto en este siglo de sorpresas maravillosas; en nuestro país, que imperfectamente hace uso de las conquistas científicas debidas á los demás, aquí es donde va á efectuarse el mayor prodigio que puede obtenerse con el empleo de la física, la química y la mecánica, siendo factor principalísimo la electricidad. ¿Y sabéis por qué lo afirmo? Porque estadia el problema y lo ha resuelto, sí, palabra de honor, un D. Isaac Peral, que para vosotros no suena seguramente como un *Elis-sou*.

El público es lógico casi siempre, y tengo por seguro que lo que hubiera creído sin extrañeza del inventor del fonógrafo, no podía aceptarlo sin dificultad del obscuro marino y andaluz.

A esto tal vez obedecen las palabras con que termina V. su escrito: «Desde luego culpó á V. de haber sido excesivamente sobrio. Creo que está usted en el deber de decir al público todo lo que sepa, para darle á la cuestión la importancia que merece.»

Así lo haré, querido Bramón; y no contesté en el acto á su escrito del 7, porque aguardaba á Enrique Capriles, que hoy ha llegado de San Fernando con las últimas impresiones acerca del submarino.

Vamos á hacer historia:

Isaac Peral, antes de su invento, estaba reconocido por todo el cuerpo de la Armada como el número uno, entre los muchos oficiales científicos que la honran; veíasele constantemente ocupado en estudiar, pero nadie sospechaba que persiguiera el gran problema.

Cuando surgió el conflicto de las *Carolinas* Peral se presentó en el Observatorio astronómico, y confuso, pálido, nervioso, dijo á la pléyade de sabios que allí trabaja:

—Señores, en estos momentos un deber de conciencia me obliga á revelaros que creo haber resuelto el problema de la navegación submarina.

Como la modestia de Peral es extremada, todos aquellos hombres se quedaron sorprendidos y silenciosos.

El Sr. Pujazón, director del Observatorio le preguntó al fin:

—¿Cree V haberlo resuelto?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Desde hace un año; pero no me atrevo á decirlo; ahora lo juzgo una obligación.

—¿Y qué desea V. de nosotros?

—Deseo someter á vuestro examen mis cálculos y sólo cuando vuestro unánime voto los apruebe me atreveré á dirigirme al Gobierno.

—Pues bien, por obsequio á V. y á su buena fama los examinaremos con el espíritu de la mayor incredulidad.

—Esa es mi súplica.

Entonces comenzó una serie de discusiones secretísimas en las que el eminente Pujazón, el profundo matemático Azcárate, el asom-